



Lucio V. Mansilla



2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

## Lucio V. Mansilla



Al señor doctor don José María Escalera

*...En cuanto a la muerte, es inevitable: la moda no pasará. Horacio dice en la Oda II: todos estamos sometidos a la misma necesidad: la urna fatal se mueve para todos: de ella saldrán tarde o temprano nuestros billetes para hacernos pasar de la funesta barca a un destierro eterno.*

Es una suerte que no haya testigos presenciales cuando un autor se sienta a escribir; que no haya quien, viendo sus torturas, pueda salir a la calle a denunciarlo diciendo: “Eso que parece hallado, fácil, fluido, corriente, no es tal”. Con efecto, antes de dar en la tecla, el que pretende tener una inspiración a cada tic-tac del reloj, por más que se acomoda, que gira para acá y para allá, que mira para arriba y para abajo, que moja y remoja la pluma, que se rasca tras de la oreja, suda a mares delante del Rubicón, que es el título.

Y si el título es ya una dificultad, ¿qué no será el asunto?

Cuidado con confundir estas dos cosas: lo que enuncia con lo que se ha de enunciar. Sería confundir el pensamiento con la acción. Pero al fin y al cabo, si es un mérito trabajar, y si trabajando se halla, no hay que ser tan severos con los que, como yo, los ponen a ustedes en estas confidencias, acabando por decirles que, recién al llegar aquí y como si se escribiera a réculas – o a reculones para ser más castizo y quedar bien con todos - , he resuelto ponerle a esto: “Doña Brígida”.

Ustedes saben que yo soy muy versátil, no en mis ideas (háganme el favor de percibir la diferencia) sino en mis opiniones. Yo distingo entre lo que es cerebral, genial, permanente, y lo que es obra de las circunstancias. Podría extenderme mucho sobre este particular (pueden ustedes leer sobre esta, al parecer, paradoja). Temo que ustedes exclamen: “¡Las digresiones! Ya apareció aquello”.

Por consiguiente, me apresuro a decirles cuanto antes que no es “Doña Brígida” como le voy a poner, sino “Clausolles”. ¡Voto al chápiro! Tampoco me gusta ése, e instantáneamente cambio de opinión y decididamente le pongo...pero ¿cómo puedo decir “le pongo” y ser correcto, cuando lo que he debido escribir ha sido “le pondré”, si es cosa que debo hacer?

Ustedes me dirán que me estoy ahogando en un dedal de agua y que ya estaríamos del otro lado con haber dicho, traslaticamente, esto se llamará...¿Se llamará cómo? ¡Pero si no me he decidido a nada todavía! Y ¿saben ustedes por qué no me he decidido a nada todavía? Porque lo que estoy viendo en mi imaginación no son la palabra o las palabras del título, sino una especie de espectro que tiene la forma matemática de una línea diagonal que fuera de

aquí a donde ustedes deben ver el título, mejor dicho, la otra línea horizontal donde éste debiera estar.

En resumidas cuentas, resulta que esto no puede tener título, y que entro en materia sin más ni más. Tenemos tanta confianza el lector y yo, que bien podemos tratarnos de *tú* y *vos*, dejándonos de remilgos y cortesías.

Sabrán ustedes que estoy enfermo. ¿De qué? No sé, pero estoy enfermo: que he llamado a varios médicos, todos amigos, que me quieren mucho, que no me cobran nada – no les falta más que darme gratis los remedios - , que ninguno de ellos ha venido, y que...no habrán venido porque no creen que estoy enfermo. Es cierto que, viendo que no venían, les he pasado una circular diciéndoles: “Todavía no me he muerto”.

A ustedes les debe haber sucedido alguna vez lo que yo estoy tratando de explicarles que me ha sucedido a mí. Véame cada uno de ustedes en sí mismo, y entonces comprenderán cómo es que, habiendo venido el otro día a esta su casa el doctor Clausolles por un asunto que no era de su profesión ( a estos médicos les da, a veces, por meterse en lo que no entienden), yo pensara: “La ocasión la pintan calva, hay que tomarla por los cabellos”; y que, esto pensando y después de hablar de lo otro, le dijera:

-Doctor, yo estoy enfermo.

-¡Usted!

Este “usted” significa: ¿pero cómo puede usted estar enfermo?

-Señor, es cosa curiosa que las apariencias engañen tanto y que haya personas que nunca tengan ni cara de enfermo ni facha de pobre.

-¿Y qué tiene usted?

-Doctor, he leído no sé dónde, quizá en ninguna parte – a mí se me figura siempre que todo lo que sé lo he pescado en algún libro -, que el hombre que habiendo pasado de los cuarenta años no es su propio médico, es un imbécil. Pero ¿qué quiere usted? Tengo la desgracia de creer más en la ciencia de los otros que en la mía.

-Eso es modestia

-No, es impotencia. Yo estoy enfermo, se lo repito.

-Está bien; y si usted insiste, así será

-Déme, pues, algún remedio.

-¿Qué tiene?

-¡Oh! ¿Y para qué es usted médico? Tómeme el pulso, míreme la lengua, observe mi mirada, aplíqueme el termómetro...haga todo lo que se hace en estos casos. Yo no quiero *sugestionarlo* diciéndole lo que creo que tengo...Primero, porque es difícil explicar lo que siento; segundo, porque a derechaS no sé lo que siento. Más adelante le contaré un cuento para que comprenda la dificultad en que me hallo. Por el momento, me limito a decirle que como bien, que duermo bien, que no me duele nada, pero que estoy enfermo.

-Usted está de broma, y más sano que yo...¿Y cuál es el cuento ése? Cuéntemelo y le receto.

-Bueno, el cuento es éste: mi tío el doctor don Miguel Rivera, reputado cirujano en su época – que como otra vez lo he dicho, fue discípulo de clínica quirúrgica del famoso Dupuytren -, recibió un día la visita de una señora, cuyos dichos e inocentadas son proverbiales, y tuvo con ella esta consulta, este diálogo, diremos más bien hablando con propiedad:

-Misia Brígida, ¿qué es lo que usted siente?

-Señor *dotor*, yo no sé si lo que siento es dolor o *tentación*...

Pues bien, mi querido doctor Clausolles, yo me encuentro exactamente en el caso de doña Brígida: estoy enfermo, me lo dice un no sé qué inexplicable, y no sé si lo que tengo es un dolor o una *tentación* de dolor. Si le dijera a usted que estoy *retentado* de un viejo dolor, usted me entendería, como me entendería cualquiera al que le dijera que tengo la *tentación* de hacer la cosa A o B, o el conato de lanzarme en tal o cual aventura; y sin embargo, “retentar” – que no es más que volver a amenazar el dolor que se padeció ya o resentirse de él – viene de tentar, y “tentar”, de tentación. ¿O el deseo no es anterior al acto?

El doctor Clausolles se sonrió como se estarán sonriendo ustedes – y si no se sonríen lo sentiré mucho, porque querrá decir que esto tiene menos sal de lo que yo me imagino.

Me apresuré a decirle:

-No se sonría usted; doña Brígida expresaba, a mi juicio, un estado patológico no estudiado suficientemente todavía. Y ha de saber usted que esa señora, de la que tanto se han reído otros y yo, ha sido para mí objeto de profundas reflexiones. Entre otras, y ya que va de cuentos, oiga usted éste:

Estaba yo en la *gare du midi*, en París, esperando el tren rápido que debía conducirme a Marsella. “Para matar el tiempo – me dije – compraré un libro.” Me acerqué a una biblioteca ambulante, la revisé y, recorriéndola, leí: “Flaubert, *Madame Bovary*”. Lo saqué del anaquel.

-¿Cuánto, señorita? – le dije a la vendedora.

-Tres francos cincuenta – se los di y, como silbara ya el pistón, subí precipitadamente...

Si aquí incrustara ahora mi observación preliminar en el compartimiento en el que me acomodé y lo que me sucedió a consecuencia de un cierto encuentro, ustedes volverían probablemente a exclamar como al principio: “¡Otra digresión!”

Tengo sumo respeto por la crítica. Paso, pues, por alto, todo lo que al tal encuentro se refiere; y les ahorro a ustedes la lectura de una descripción sobre esa tierra clásica que se llama la Bourgogne. Más todavía: convencido de que todos ustedes conocen a *Madame Bovary* – la que, a no dudarlo, los ha enternecido lo mismo que a mí -, *je reviens à mes moutons*, a doña Brígida...

Flaubert se hacía leer, como su maestro, como ese genio que tenía la intuición de todo, que era casi un adivino de grandes verdades científicas, descubiertas después.

Yo devoraba aquellas bellas páginas, admirables de estilo, y *Madame Bovary* me interesaba hasta por sus vicios. De repente me digo: “Esto, yo lo he leído en otra parte...¿dónde?”

Pienso, repienso, se embrollan mis recuerdos, trabajo, busco, rebusco... “*J’y suis*”, exclamo mentalmente...y me echo a reír...

Mi compañera de viaje...-ya no iba solo – me dice:

-*C’est donc bien amusant.*

-*Non, madame, c’est très drôle.* Imagínese usted que, en mi tierra, hay una señora muy cándida que tiene un arte particular para decir patochadas; que yo, mil veces, haciendo farsa de ella, he repetido, refiriéndome a otras personas de su sexo, lo mismo que ella dijo alguna vez de sí misma, y que ahora...Vea usted – proseguí, mostrándole don el dedo en Flaubert lo que decía doña Brígida (que esté en gloria).

-Pero yo comprendo eso perfectamente; es muy verdad, no hay otro modo de expresarlo, es una síntesis perfecta; imposible decir tanto con tan pocas palabras.

-Sí, yo pienso lo mismo que usted; pero lo que me confunde, aunque me haya hecho reír, son estas aproximaciones de la *bêtise humaine* con el talento. Se ha dicho: “*Les beaux esprits se rencontrent*”, pero nadie ha dicho hasta ahora que la tontera y el ingenio coincidan.

-Es cierto, *c'est très drôle*. Y eso ¿cómo se dice en español? ¿Cómo lo decía esa señora?

-Eso se dice, y ella lo dijo una vez, conversando confidencialmente con mi madre, de esta manera: “Porque yo, Agustina, soy una mujer muy hombre de bien”.

Flaubert dice, poniéndolo en boca de Madame Bovary que se expande:

“*Moi, je suis une femme très honnête homme*”...

Repito que ustedes con su sonrisa me obligan a suprimir una digresión que no carecería de interés, y volviendo al doctor Clausolles, prosigo:

-Sí, mi doctor, no me interrogue usted más: me encastillo en la fórmula de doña Brígida; y con un acento que no es científico pero que es humano, le repito a usted que lo que yo tengo no sé si es dolor o *tentación*; y ¡doña Brígida *for ever!* Y ya que los otros médicos amigos no han venido, y ya que usted está aquí, déme algo. ¿No lleva usted siempre consigo su botiquín?

-Sí, pero ahora no, después.

Y en efecto, a los dos días me mandó un frasquito muy chiquito, con esta indicación: “Dos gotas por la mañana y otras dos por la tarde, en una cucharada de agua”.

¿Y saben ustedes que estoy mejor, que el dolor o *tentación* se ha ido al diablo?

¡Ah, señores y señoras, enfermos o tentados de estarlo! ¡Y qué mal hacen ustedes, que creen en sus enfermedades, en no creer en los médicos! En lo único en lo que yo no estoy conforme es en el método que se emplea con ellos, en la costumbre – diré mejor – que siguen los pueblos civilizados. Me parece más práctico lo que hacen en la Gran China, donde al médico no le pagan cuando hay enfermos o muertos en la familia, sino cuando hay sanos. Es cierto que los chinos son muy frugales y que allí no tiene aplicación probablemente (no me cansaré de repetirlo) lo que decía el gran Hahnemann: “*On ne meurt que de bêtise*”.

Pues ¿cómo quieren ustedes tener buena salud en un país en el que se comen tantas drogas, tanta materia grasa importada, teniendo tanta carne, tanto maíz; en el que se come tanta azúcar, tanta golosina; en el que se bebe tanto vino compuesto; en el que hay tanto polvo mixto en las calles; en el que la regla es levantarse tarde; finalmente, en el que damas y caballeros toman el tramway o el carruaje a cada triquitraque, guardándose bien de hacer, como en Inglaterra, cotidianamente el paseo constitucional?

¡Ah! Con el tiempo entenderemos mejor estas cosas referentes a la constitución...del cuerpo, aunque me tema que se realice el *sed canimus surdis*, que es lo mismo que predicar en desierto.

El presente libro ha sido digitalizado por el voluntario Gonzalo Pedro Pagani.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

